

F.A.

Ignacio Villagrán

Decidí aprovechar aquel fin de semana para restaurar un mueble que había adquirido en el rastro de Remar. Se trataba de un secreter que vi arrinconado entre un montón de trastos; un viejo y destartado secreter que no albergaba a simple vista muchas esperanzas de recuperación. Sin embargo, algo me hizo fijarme en él. Tal vez fuera su original diseño, unido a ese empeño mío por salvar lo insalvable.

Recuerdo que fue al extraer uno de los cajones del mueble cuando un pequeño sobre cayó al suelo. Sorprendido, lo recogí y lo observé de cerca. De color pajizo, muy ajado, presentaba pequeñas motas de humedad y un cerco violeta que impedía leer lo que estaba escrito en el anverso. Se diría que la tinta se había diluido por efecto de algún líquido. Me fijé entonces en las letras sueltas que aún quedaban legibles: *Max...in... uber*. Por mucho que la curiosidad me tentara a ello, era imposible llegar a descifrar el nombre del destinatario. El ángulo superior derecho lo ocupaba un sello del general Franco, franqueado el 20 de octubre de 1952. Dí la vuelta al sobre y entonces sí pude leer con claridad el texto del remite: *F.A. 2ª Compañía. Regimiento de Infantería Valladolid 65. Huesca*. No sé cómo reparé en un detalle por el que había pasado por alto: el sobre estaba perfectamente cerrado y nada indicaba que hubiera sido abierto por ninguno de sus lados.

Cogí de nuevo el cajón y descubrí un doble fondo, con una pequeña abertura en su parte trasera, de donde probablemente se habría desprendido el sobre. Con cierta dificultad deslicé la tapa, en cuyo interior encontré una pluma estilográfica, unas flores secas y varios clips oxidados.

Mientras me afanaba en pulir con la lija aquel viejo mueble, una infinidad de preguntas rondaban por mi cabeza: ¿A quién iría dirigido el sobre?, ¿cuándo tiempo llevaría allí?, ¿por qué lo habían escondido en aquel falso fondo? Me intrigaba el hecho de que hubiera permanecido cerrado durante tanto tiempo. Quizás nunca había llegado aquel

sobre a su destino o acaso habría sido precisamente su destinatario quien decidió guardarlo sin abrirlo.

Tenía que averiguar a quién pertenecía el secreter, por lo que al día siguiente me dejé caer por Remar. Un encargado del almacén me indicó que formaba parte de un lote de muebles que habían retirado de un piso de Ondartxo que acababa de venderse. El encargado me dio la dirección y allá me dirigí. La nueva propietaria me facilitó el teléfono del vendedor. Se llamaba Román Cubero y era el hijo de la anterior dueña, una anciana fallecida hacía unos meses.

Por un momento se me pasó por la cabeza la idea de hablar con él. Pero no veía la manera de presentarme así, sin más, ante una persona que no conocía de nada. *Mire, he encontrado esto en el doble fondo de un secreter...* No tenía sentido. ¿Y si utilizaba la excusa de la pluma estilográfica? A fin de cuentas yo la había encontrado y era normal que me moviera el deseo de devolvérsela al que suponía habría sido su dueño. Al final me decidí a llamarle.

Cuando contacté con Román Cubero no le noté excesivamente sorprendido. Le comenté que me había facilitado su teléfono la persona que había comprado el piso. Le hablé de la pluma estilográfica y se mostró irónico al decirle que acababa de comprar el secreter para restaurarlo:

–Tiene usted mérito. Esta antigualla sólo sirve ya para leña –exclamó.

–Bueno, para mí es un reto –confesé–. De todas formas,



le he llamado pensando que quizás le gustaría recuperar la pluma.

–Pues está en lo cierto.

–Cuando quiera quedamos y se la entrego.

–Vivo en la Alameda. ¿Le viene bien que nos veamos mañana a las doce en el Touring?

–De acuerdo.

–Por cierto, no le costará reconocermelo. Estoy lisiado –añadió con sorna.

Me acerqué a la terraza del bar a la hora convenida. Un hombre robusto ocupaba una de las mesas. Sobre el respaldo de una silla se apoyaba una muleta.

–¿Román? –le pregunté al acercarme a la mesa.

–El mismo –respondió, al tiempo que extendía la mano para saludarme–. Perdona que no me levante, pero esta armadura me trae mártir –me mostró su pierna escayolada.

–Como le dije ayer, encontré la pluma en uno de los cajones del secreter –se la acerqué.

–Ya la había dado por perdida –aseguró mientras desenroscaba el capuchón–. Era de mi madre. Es de los pocos objetos que siempre he deseado conservar. El resto quedó en la casa. Cuando ella falleció pensé mudarme allí. Pero ¿sabe?: los recuerdos no son más que viejos fantasmas que aparecen y desaparecen a capricho, dejando un regusto siempre amargo. Por eso decidí vender la casa.

–¿Y el secreter?

–Si hubiera estado en mejor estado quizás me lo habría llevado. Pero me daba pereza ponerme a restaurarlo. Aunque veo que usted ha sido más obstinado.

–Me sirve de relax. Y me ayuda a evadirme de la rutina laboral.

–¿A qué se dedica?

–Trabajo en la residencia de ancianos.

–¿En la de Gabierrota?

–Sí.

–Siempre me ha llamado la atención. Por fuera parece una plaza de toros.

–Y por dentro también. No sabe usted los morlacos con los que hay que lidiar a veces –bromeé.

–Por cierto, creo que está allí ingresada una mujer que fue vecina de mi madre. Se llama Adela Azkuna.

–Sí. Ya la conozco.

–Le tengo que dejar –dijo después de consultar su reloj–. Hoy es mi cumpleaños y he quedado a comer con mi hija.

–Felicidades.

–Gracias. He cumplido 65 y mañana mismo firmaré los papeles para jubilarme. ¡Bendita jubilación! –exclamó con un gesto expresivo– Ustedes lo van a tener peor.

–Desde luego.

Cuando volví a la residencia, no dudé en hablar con Adela Azkuna. Me contó la historia de la madre de Román:

–Maximina fue una buena mujer. Siempre servicial y generosa con todo el mundo. Trabajó conmigo en La Lanera y solía coser para los ancianos del Hospitalillo.

–¿Era viuda?

–No. Soltera. Vivía con su hijo. En el barrio era muy apreciada. Aún así había gente que la señalaba con el dedo –negó con la cabeza a modo de lamentación.

Adela se extendió contándome la dura vida que había tenido Maximina, en un ambiente que no se había desprendido aún del estigma de la postguerra. Mientras escuchaba a aquella anciana de cabello albino y ojos vivarachos, recuperé de repente la imagen del sobre: ¡*Max...in... uber!*

Estaba claro: la destinataria era la madre de Román, Maximina Cubero. Lo primero que pensé en aquel momento fue que mi actitud con él no había sido del todo correcta al ocultarle la existencia del sobre. ¿Qué es lo que realmente me había inducido a ello? En cierto modo no era sino el recelo a desvelar lo que quizás fuera un secreto guardado celosamente durante todos esos años; el mismo recelo que había frenado mi curiosidad por saber lo que contenía el interior de aquel sobre. Al final decidí que lo honesto era volver a contactar con él.

–El otro día olvidé contarle algo –le dije cuando contestó a mi llamada–. Necesitaría quedar de nuevo con usted.

–Pues va a tener que ser en mi exilio de El Antiguo –respondió–. Estoy en arresto domiciliario en casa de mi hija.

–¿Cómo? –exclamé sorprendido.

–Que estoy recluido por prescripción facultativa. Me ha traído unos días *para tenerme controlado* –exclamó con

retintín—. Si se quiere acercar, la casa está en el grupo Donosti Zaharra, poco antes de llegar a Munto. Es un lío llegar hasta aquí, pero...

—No se preocupe —le corté sin entretenerme en explicarle que lo conocía como la palma de mi mano.

Encarar de nuevo la cuesta del Paseo de Hériz me hizo recordar mis años de infancia. Nuestras correrías por los caseríos de Tellape y Sansustene, las bajadas a tumba abierta en *goitibera*... *El Vía Crucis*, le llamaban entonces al Paseo de Hériz. Y es que aquel sinuoso repecho estaba salpicado de conventos, residencias y noviciados: el Amor Misericordioso, las Niñas Ciegas de San Rafael, los Agustinos Recoletos, el Seminario Diocesano, las Franciscanas de Montpellier ... Una interminable sucesión de edificios singulares que terminaban en la Casa del Obispo, lugar vedado y misterioso que tantas fantasías nos despertó de niños.

Aquella cuesta, que antaño había subido tantas veces, se me hacía interminable. Llegué exhausto a casa de Román Cubero. Me recibió en bata, ayudándose de su muleta y visiblemente crispado.

—Perdone que no le ofrezca un café. Mi hija está trabajando y no sé dónde guarda las cosas.

—No se preocupe. ¿Qué tal se encuentra?

—¡Encabronado! Ahora quieren operarme. ¡Como si no tuviera yo otra cosa en qué perder el tiempo! —se lamentó—. Tiene narices, me he pasado media vida jugándome el tipo en la mar y mire ahora cómo estoy. Y todo por el maldito bordillo de una acera.

—Bueno, no le voy a entretener —le abordé sin más preámbulos—. Encontré este sobre en el secreter. Estaba oculto en el doble fondo de un cajón.

Él lo cogió con cuidado y permaneció un rato observándolo en silencio. Me extrañó que en ningún momento le diera la vuelta para conocer el remitente. Se limitaba a contemplarlo absorto en sus pensamientos. Hasta que empezó a murmurar para sí, al tiempo que se fijaba en el sello: *20 de octubre de 1952*. Fue entonces cuando caí en la cuenta: aquel sobre se envió unos meses antes de que naciera Román Cubero.

—No hay duda: iba destinado a mi madre —exclamó mientras recorría con el dedo índice los trazos difusos del anverso.

—¿Y el remitente? —me atreví a preguntarle. Él me miró fijamente a los ojos.

—¿Se imagina lo que suponía ser madre soltera en los años cincuenta?

—Me hago una idea.



—Este pueblo presume ahora de ser abierto y liberal. Pero entonces —hizo una larga pausa antes de continuar—..., entonces era un lugar sombrío y gris donde todos estábamos sometidos a unos rígidos cánones, impuestos por una sociedad llena de prejuicios morales. Mi madre sufrió mucho. Menos mal que contaba con el apoyo de mi abuelo. Era profesor de música en el conservatorio y ella quiso seguir sus pasos. Tenía una prometedora carrera como pianista, pero...

—Nació usted.

—Sí. Y a partir entonces se dedicó por entero a mí. Nada tengo que reprocharle —volvió a hacer otra pausa—. Bueno, quizás sí: que jamás me hablara de mi padre.

—¿No lo llegó a conocer?

—No, ella nunca quiso. De niño, cada vez que preguntaba por él, me respondía con evasivas. Luego, ya de mayor, cuando decidí hacer alguna averiguación por mi cuenta, siguió con su hermetismo negándose a revelar su identidad.

—Tuvo que ser duro.

—Una historia fruto de la época. Como muchas otras —dejó el sobre en la mesa y se incorporó—. Si me disculpa, vuelvo enseguida.

Román Cubero cogió la muleta, salió de la sala y volvió con un pequeño cuenco de cerámica. Se sentó y lo puso en la mesa.

—El deseo de mi madre fue llevarse su secreto a la tumba. Y yo he de respetarlo —dijo con un hilo de voz, antes de colocar el sobre en el cuenco y sacar un mechero del bolsillo.

—¿No irá usted a...? —exclamé.

Él no me respondió. Su mano temblaba cuando acercó el mechero a una de las esquinas del sobre, que empezó a arder lentamente. Me fijé entonces: entre el violáceo centelleo de las llamas, asomaban trozos de una hoja manuscrita y una fotografía en sepia.